

Por Gabriel Camps.

TAL vez no sea inútil realizar un estudio estadístico de los ciclones que han afectado a la Isla de Cuba en los últimos 62 años.

De ese modo nos parece que podríamos apaciguar, aunque sea levemente el ánimo alterado de nuestros convecinos por el triste recuerdo del ciclón del 20 de Octubre de 1926; y por el que azotó otro año, las risueñas campiñas de las Antillas hermanas; y las de la Península de la Florida, en los Estados Unidos.

Nos servirá de preciosa fuente de información el *Catálogo de Ciclones en la Isla de Cuba de 1865-1926*, del P. Gutiérrez Lanza, del Observatorio de Belén, que con afectuosa dedicación nos envió oportunamente el ilustre observador.

Emplearemos el diálogo para una mejor comprensión y, especialmente, para mayor facilidad nuestra.

Pregunta:—¿Cuántos ciclones ha sufrido Cuba en esos 62 años?

Réspuesta.—Ochenta y cuatro.

P.—¿A más de uno por año?

R.—Exactamente.

P.—¿Cuál en la parte de Cuba más castigada por la tormenta?

R.—El peligro mayor reside en la mitad Occidental de la Isla, desde las Villas al Cabo de San Antonio. Es menor en Camagüey y Oriente.

P.—¿Todos esos ciclones han sido provocados por el viento?

R.—No. Hubo un buen número de tormentas giratorias, en las cuales los vientos no pasaban de una fuerza moderada. Hay ciclones de viento y ciclones de lluvias torrenciales. Existe, pues, el factor lluvia y el factor viento.

P.—¿Cuáles son más temerosos?

R.—Los temporales de viento son de más cuidado. No obstante, los destrozos que causó el temporal del 1926 en la Isla de Pinos, hubiesen sido menores sin las lluvias a cascada que acompañaron al viento. El agua empapó las antiguas, vetustísimas paredes de argamasa sin cemento y esas primitivas construcciones, aflojados los ladrillos, vinieron a tierra. El agua, a chorros continuos, humedeció las raíces de las palmas, aflojó la base de sustentación y vinieron necesariamente al suelo, de donde nacieron. Por eso el ciclón referido debiera apodarse el «tumbador de palmas». Así que bien podemos decir que es tan mala Juana como su hermana. Viento y agua, *malum signum*.

P.—¿Qué meses son los más castigados?

R.—Septiembre y Octubre, aunque los

ha habido en Mayo y en Noviembre.

P.—¿Son espantosos los ciclones?

R.—El perro es bravo y el león es fiero. Pero el perro con cadena no es lo mismo que suelto; y el león de Don Quijote nos hizo ver que no suelen ser tan fieros como los pintan.

«Cicloncitos» llama el P. Gutiérrez Lanza a muchos de ellos y yo añadiré que, gracias a Dios, hasta el presente, los ciclones de las pasadas seis décadas, no acreditan ese adjetivo de «espantosos», ya que no debe generalizarse nunca «ad unum omnes» y que una nube no hace verano.

P.—Está eso un poco oscuro, explíquese usted mejor.

R.—Pues verá usted. En esos 62 años verdaderos ciclones capaces de infundir pavor en el ánimo sólo hubo 37; entiendo que debe temerse a la tormenta cuando la tormenta es amenazadora, y eso bien pronto lo conocemos todos por el instinto natural. Los Observatorios, la técnica, ha clasificado como ciclones ventoleros, que en el campo conocemos por «vientos plataneros». De modo que quitando de los 84 ciclones que nos da el Catálogo de Belén 37, tendremos ciclones temerosos sólo 47 lo que atenúa, como bien se comprende, la mala fama de Cuba como lugar de ciclones.

P.—Sírvase poner un ejemplo aclaratorio.

R.—El año 1878 tuvimos un ciclón moderado cuyos estragos se sintieron sólo en la Florida y en New York.

Y el año 1879 tuvimos otro el 4 de Octubre, del que dice el Observatorio: «Ciclón muy flojo, cruzó por Pinar del Río, el cual se organizó mejor en el Golfo y probablemente fué el mismo que tantos daños causó en España». De suerte que estos ciclones fueron más americanos y españoles que cubanos.

P.—No hay duda, siga usted con otro ejemplo.

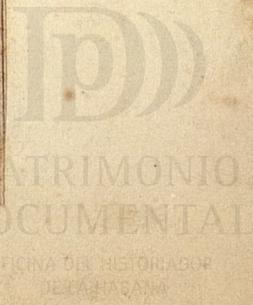
R.—Verá usted como ha habido ciclones beneficiosos que casi lo inclinan a uno a exclamar: ¡Bendito ciclón!

Oiga usted cómo fué el ciclón de agosto de 1890: «Ciclón moderado, pasó por el Sur de la Isla, dándonos copiosos chubascos a lo largo de la Isla desde Santa Clara a Pinar del Río con vientos moderados» y añade el P. Gutiérrez: «fué más bien beneficioso».

R.—No en balde decían los antiguos «año de ciclones, año de doblones». Y en la Isla de Pinos, por la que usted se interesa tanto, ¿se sufre mucho por los ciclones?

R.—Menos que en cualquiera otra parte. Los ciclones temerosos son los que

N



afectan a los paralelos 22 y 24, que es donde se hallan las más importantes poblaciones de Cuba, pues ya sabemos que el territorio más castigado es el comprendido entre las Villas y el Cabo de San Antonio. En ese sector están la Habana, Matanzas, Pinar del Río, Cárdenas y Cienfuegos. Las otras ciudades importantes están fuera de él, lo mismo que la Isla de Pinos, que está más abajo del paralelo 22 casi en la misma situación que Trinidad, que Júcaro y que Nuevitas y que toda la provincia oriental. Los vientos son más de temer en la Habana que en ninguna otra parte, porque hay además más gente y más construcciones. En la campaña se encuentra defensa para el resguardo y la retirada porque hay más espacio.

P.—¿Quiere decir que en la Habana siempre, en la época, hay ciclones?

R.—No, no quiere decir eso. En los 62 años sólo ha habido en la Habana 17 ciclones y algunos poco intensos. Los hubo en 1865-1870-1875-1876-1887-1888-1890-1892-1894-1896-1897-1898-1906-1909-1910-1924-1926. De esos sólo hubo «once» ciclones importantes, los otros fueron «cicloncitos».

P.—Vuelva con los ejemplos, que me interesa.

R.—El de 1926, que usted recuerda, fué bravo. El de 1888 fué bravísimo entró por Sagua y Caibarién y salió, después de pasar por la Habana, al Golfo entre Mántua y la Enseñada de Guadiana; causó bastantes víctimas y estragos.

El de 1910 fué iracundo, «ira furor brevis», en la Habana, en Matanzas y en Santa Clara.

En cambio, el de 1887 se redujo a lluvias torrenciales y vientos moderados. El de 1894 fué de vientos arrafagados y de lluvias desde el Canal de Yucatán hasta Santa Clara.

En el de 1896 se sintieron vientos en la Habana de más de 60 millas por hora y chubascos, sin daños de consideración. Ya se nota, como siempre, viene el tío Paco con la rebaja. Véase lo que sacamos del Catálogo:

Década de 1865 a 1875

Hubo cuatro huracanes, y no se menciona a la Isla de Pinos.

Dos en 1870: uno por Matanzas y otro por Bahía Honda.

El de 1873 por el Cabo de San Antonio.

El de 1875 afectó a toda la Isla de Cuba, pero sintiéronse sus efectos por Norfolk y Tejas, en los Estados Unidos.

Década de 1875 a 1885

El de 1876 fué en el mes de Septiembre, por la Punta de Maisí.

El de Octubre del mismo año pasó por la isla Gran Caimán y se metió en Cuba por la Ciénaga de Zapata.

El de 1880 por Jamaica, Santiago de Cuba y Camagüey.

El de 1882 por Caibarién.

En la Habana, chubascos.

En la Isla de Pinos, nada.

Década de 1885 a 1895

El 86, ciclón intenso por Cabo Cruz y otro por la Trocha, Sancti Spiritus y Caibarién. El 87, procedente de Barbadas, pasó por el Sur lejos de la Isla de Cuba. El 88 pasó por el extremo Sur de Pinar del Río, por Mántua y la Bahía de Guadiana. El 92 fué desastrosa la perturbación por Matanzas. El 94 por Santa Clara. Ciclón por Pinar del Río y por Sagua. Nada en la Isla de Pinos.

Década de 1895 a 1905

En Agosto de 1895 por Pinar del Río: cicloncito. En Septiembre del mismo año, pasó por el Canal de Yucatán. Y en Octubre, y van tres, por Santa Clara y Sagua la Grande.

En 1896 agua y vientos aciclónicos en toda la Isla de Cuba. En 1897, vientos racheados por Pinar del Río, en Septiembre y en Octubre ciclón por Tunas de Zaza, donde hubo inundaciones, sin pérdidas de vidas.

En 1898, ligero ciclón, que hizo naufragar en la costa Norte de Pinar del Río la goleta «Kate», que había salido de Cayo Hueso con un cargamento para las fuerzas del general José Miguel Gómez, en Sancti Spiritus. En 1899, 1900, 1901, ligeras tormentas. En 1904 y 1905 algo fuertes. Nada en esta década en la Isla de Pinos.

Década de 1905 a 1915

En 1909 hubo un ciclón de regular intensidad en toda la Isla de Cuba. Entró en ella por su extremo oriental, salió al Caribe por Camagüey, pasó por el Sur de la Habana hacia el Canal de Yucatán. Considerables daños en ambos extremos de la Isla, y pérdida de bastantes embarcaciones, entre ellas el vapor «Nicolás», en la Isla de Pinos.

En Octubre de ese año se metió el ciclón entre Cuba y Haití. Pérdida del vapor «María Herrera».

El ciclón del año 10 se sintió, mayormente, en Matanzas y Santa Clara. Fué importante.

El año 1911 ciclón moderado que salió por Cabañas.

El 1912 por Santiago de Cuba.

El 1913, por el extremo occidental de Pinar del Río.

Década de 1915 a 1925

El 1917 fuerte ciclón: pasó por la Isla de Pinos y salió al Golfo por Puerto Esperanza.

Los años 1920, 1921, 1922 y 1923, no hubo ciclones.

El año 1924 fuerte huracán en el golfo de Honduras, por los Remates de Guane.

Después de 1925

El de 1926, que todos recordamos, y que se inició entre las islas de Swan y Gran Caimán, pasó por la Isla de

Pinos, se coló por Cajío y Batabanó y como una flecha pasó por el Oeste de la provincia de la Habana, afectando en mayor proporción a Güira de Melena, Quivicán, Managua y Santa María del Rosario, para salir al mar por Bacuranao.

Queda probado, por el intachable testimonio del Catálogo de Belén, que la Isla de Pinos es, de los lugares más inmunes a las tormentas girato-

rias ya que, recuérdelo, una nube no hace verano.

Tres ciclones en 62 años, no es mucho que digamos.

Si en 62 años sólo ha sufrido la Isla del Tesoro dos ciclones y un ciclónico, ¿no es evidente que no debe acariciarse esa fobia deprimente, del miedo al ciclón? ¿No es vicioso generalizar?

Ahora bien, ¿fué, en rigor, intenso el ciclón del 26? Como representación mental, sí; por sus efectos no tanto, y menos con relación a la Isla de Pinos.

Nosotros llegamos a la Isla poco después del ciclón.

¿Qué hay? preguntamos. Y se nos contestó que no quedaba títtere con cabeza. Esto nos tranquilizó porque sabíamos muy bien que lo que no había en la Isla eran titeres.

Nueva Gerona tiene tres o cuatro calles, cuyas casas puede ver en pie, el viajero curioso que se dé una vuelta por ese paradisiaco desierto. Intactas. Las otras casas son de guano, bohíos más o menos débiles. La iglesia parroquial se cayó tan larga como era y otras casas también; pero, ¿por qué? ¿Por qué en Santa Fe arrasó el huracán? Eran paredes que tenían ganas de caerse. Este chiste es del P. Gutiérrez. La argamasa o mezcla que se usó en esas construcciones era muy mala, pésima, y no se conocía el cemento: en lugar de arena usaban los antiguos, en las mezclas, tierra formada por gránulos de roca: las casas de los americanos de techo de papel o de zinc, sin cimentación, sin trancas, sin precauciones de ninguna clase, las voló el viento. Y así y todo muchas quedaron enhiestas con las abolladuras consiguientes. Las casas de mampostería tenían más de un siglo.

Tenemos especial empeño en quitar a Cuba, el tópicó de los ciclones. Ni en Cuba hay más calor que en otras partes, ni los niños se destetan con cabos de tabaco, ni las mujeres duermen la siesta en balances abanicadas por negritos, ni los ciclones son más temerosos, ni siquiera tanto, que las erupciones volcánicas, las inundaciones, los terremotos, los huracanes, las tramontanas, los tifones, y los

otros fieros males que sufren otros países. Y no hablemos de los rayos. Tengan precaución los habitantes y dejen a las ventoleras que solas vayan y, por lo demás, Dios proveerá.

No creemos que deba darse importancia decisiva a la destrucción de propiedades, pues todos vimos que el sufrimiento que estas experimentaron, debióse principalmente a la infracción de las ordenanzas, en materia de construcciones. Techos de zinc sin clavar, tejas francesas sin amarras, casas sin cimentación, barandajes de cemento medio sueltos, postes de teléfonos y telégrafos clavados en el suelo, casas sin más cerraduras que los «Yale» americanos, lucetas flojas, casas abandonadas con puertas abiertas, ventanas sin más resguardo que vidrios sujetos por puntillas o tela metálica, chimeneas sin vientos, necesariamente tenían que volar como plumas.

Los árboles de las carreteras y las palmas, ¿cómo no habían de acostarse, si el terreno quedó «enchumbado» por los torrentes de agua?

Lo importante, lo temeroso, son las pérdidas de vidas. Y estas han sido, por fortuna, muy pocas en los 62 años del catálogo. Años de un muerto, años de dos, y fuera de las catástrofes en el mar, siempre pocas.

Del catálogo resulta que de los 84 ciclones sólo hubo pérdida de vidas en 25 y comprendemos en estos los de dos o tres bajas, que bien pudieran omitirse, a los efectos de la estadística.

Y no se puede quitar fuerza probatoria al Catálogo, si nos atenemos a las siguientes expresiones del Padre Gutiérrez: «Afortunadamente, desde el año 1875, se puso esmerado empeño en recoger de la prensa diaria, cuantos informes o descripciones aparecían en sus columnas, relativos a temporales de todo género sentidos en la Isla o en aguas adyacentes; y todos esos recortes se conservan coleccionados por orden cronológico y forman ya ocho grandes volúmenes en folio de 400 páginas cada tomo».

Concluyamos con las palabras del Padre Gutiérrez Lanza, en su elegante explicación del «ciclónazo» del año 26: «Muchas de estas desgracias de mar y muchas también de tierra, creemos que se deben a «la imprevisión». No se tomaron todas las medidas que la prudencia y los «Observatorios» aconsejaban. Es verdad, la población en general se preparó debidamente a la lucha, y gracias a esa preparación se evitaron desgracias sin número; pero hubo también quienes no dieron crédito a la gravedad de la amenaza, anunciada insistentemente por nosotros e igualmente por el Ob-

i

4

66

servatorio Nacional y el Weather Bureau. La lección, aunque muy cara, puede ser altamente provechosa. Los vocablos «imprevisión», «prudencia», «medidas», «lucha», «lección provechosa», denuncian, por boca de nuestro gran meteorólogo, que con los ciclones podemos tenérnoslas tiesas, y esto consuela y vigoriza.

Preparen trancas, cerraduras, pestillos y si se puede, refuercen con cemento las partes débiles, y déjenlo venir. Que Belén, el Observatorio Nacional Swan y el Caimán Grande estén ¡alerta!

No hemos expuesto los hechos anteriores por mera curiosidad, sino con un fin algo más prosaico, dado que se confunde la prosa con lo útil.

Queremos llamar la atención de nuestros explotadores agrícolas, que si la siembra, sobre todo de frutales y café gozan de cierta inmunidad para sus flores, entre los paralelos 20 y 22 en que están la Isla de Pinos y todo Camagüey, menos Morón y Ciego de Avila, y la provincia de Oriente toda, es en esos sectores donde deben sembrarse esas especies agrícolas.

En la parte Norte, que es la más cercana al Trópico de Cáncer como Pinar del Río, Habana, Matanzas y Santa Clara, son aquellas siembras más inseguras. No sembraríamos naranjas, frutales, en ese sector. Y véase la necesidad que tenemos en Cuba, de un plano o croquis agrícola, aunque sea.

M. ay 23/42

PD
 PATRIMONIO
 DOCUMENTAL
 OFICINA DEL HISTORIADOR
 DE LA CIUDAD DE LA HABANA